





ANDRIONICO Y EL LEON.

OMANCE, EN QUE SE REFIERE EL CAUTIVERIO Y enturas de Andrionico. Dase cuenta de sus amores, y de lo le sucedió con un Leon, que reconocido á los beneficios que de él habia recibido, se humilló á sus pies.

EScuchame, Invicto Cesar,
si el escuchar no te enfada,
y verás, que de Esclavonia
soy natural, y se llama
Mantua donde nací:
cuyas célebres murallas
le cobran tributo al Sol,
despues de ausentarse el Alva.
Aqui pues, Señor, crióse
frente á frente de mi casa
una tan bella Pastora,
que pudo el discurso en tanta
magestad decir, no hay mas
que ver en muger humana.
Pues una tarde que el Sol,
del hechizo de su cara
salió eclipsado, por ser
quien á su luz eclipsaba
una celosía, que
astutamente ocultaba
sus reflexos, mas no obstante
Cupido sacó su aljava,
y tirándome una flecha,
quedé rendido á sus plantas.
Creció nuestro amor y fué
con tan vehementes ansias,
que era su casa y la mia
teatro donde cifraba
nuestro amor finas caricias;
mas á este tiempo mi patria
se reveló contra Roma,
y fuí yo (fatal desgracia!)
á servidumbre de esclavo
condenado por la mala
fortuna, y asi señor,
sabrás, que la realzada
Casa de los Andrionicos,
es la mia y que me llaman
Andrionico, pues mi padre
asi tambien se llamaba,
y mis Abuelos lo mismo,
por ser Familia tan clara
como la de Fabio en Roma,
y la de Austria en España.

Y aunque ahora mi fortuna
me ha traido por ser varia,
á verme esclavo, lo mas
que llega á sentir el alma,
es haber perdido (ay Dios!)
á Miraflor, prenda amada,
mas que todo el cautiverio,
y el castigo que me aguarda.
En esta ocasion mi Amo
Marcio, me puso en la Plaza,
y vendióme, gran Señor,
á un Aserrador de tablas,
el qual como vió que yo
le daba mas buena maña
á las armas, que á la sierra,
volvió á venderme, y mi alma
lo sintió, compróme Dazo
en cien ducados de plata.
Y como su esclavo era,
me hacia que amasara,
que moliera, y que cerniera,
y que le hiciera la cama.
Qué mas quieres que te diga?
quando, señor, no me daba
ni zapatos, ni camisa,
y despues con furia estraña
me mandaba que de noche
texiese espuertas de palma,
las quales iba á vender,
y si no las despachaba
no me daba de comer,
ni de azotarme dexaba.
Y sintiendo esta desdicha,
dos mil veces le rogaba,
que me vendiese, ó me diese
la muerte, que me quitara
la vida, para no estar
en su esclavitud tirana.
Y asi de aqueste presagio
gocé el tiempo que en su casa
estuve, que fueron once
años, y aun pienso que pasan
de once mil segun mi cuenta,
por lo mal que lo pasaba,
cuya afligida pasion
dió ocasion, á que dexára
á mi amo, y fugitivo
me fui al monte, pues estaba
deseoso de morir,
y procuraba con ansias
que las fieras me comiesen
para acabar penas tantas.
Y yendo por el camino,
de mi mismo me afrentaba,
pues era, Señor, mi ropa
tan pobre, que aqui se agravia
mi lengua de referirlo;
pues las pulidas albarcas
que calzaba, eran de espart
y por ser tela delgada,
de cáñamo una camisa,
con un sombrero de palma,
y para comer saqué
un zurroncillo de pasas,
y un corchuelo en que previne
llevar un poco de agua;
tres dias con sus tres noches
anduve, y viendo cansadas
mis fuerzas, busqué el descans
en la mayor emboscada,
por escaparme de aquellos
tiranos que me buscaban.
Escondime en una cueva
grande de suyo, y la entrada
algo angosta, y por defuera
era, Señor, enriscada,
ancha en el medio, y la luz,
ni bien lóbrega, ni clara.
Y apenas hubo seis horas
que este sitio me ocultaba,
quando vi subitamente
que por la puerta se entraba
un feróz Leon, y que
manos, pechos, boca y barb

tenia en sangre teñidas,
cuyas señales me daban
á entender, ser de algun hombre
que andaba en el monte á caza,
ó de otro fiero animal,
que sin remedio á sus garras
perdió el infeliz la vida.
Con qué dolor, pena estraña,
me ví, Señor, quando ví
que á la puerta se sentaba
de la cueva; y que el remedio
de mi vida aqui se halla
sin remedio: mira ahora
en esta adversa y tirana
fortuna, qual estaria,
pues solo en pensarlo pasan
en esta ocasion mis ojos
á llorar la angustia amarga
que en aquel lance sentí:
pues cayéndome de espaldas
sin sentido me quedé
entendiendo ser llegada
mi fatal hora, y que yo
á sus manos entregaba
lo mísero de mi vida.
O quanto trecho se pasa
del blasonar de la muerte,
al verla estar asomada
á la puerta de los ojos!
Mira en qué afliccion mi alma
estaria quando vi
mi sepulcro en las entrañas
de aquel feroz animal,
sin tener quien me librara
del peligro; mas Señor,
apenas movió las plantas
el Leon, quando reparo,
y veo que cojeaba
de una mano y que se llega
á mi, que mortal estaba,
y que él su mano enferma
sobre las mias sentaba
como dándome á entender
de que yo se la curara.
y aun te aseguro, Señor,
que no hay lengua que bastara
á ponderar la alegria
que cobré, viendo tan mansa
su ferocidad: yo entonces
saqué de mi tosca baina
un cuchillo y con la punta
le abrí la mano hinchada,
y sacándole una espina,
que tenia atravesada,
esprimile la materia,
y dispuse de curarla,
lavándola con orines,
y sirviendo de triaca
mi saliva, despues desto
de mi camisa rasgaba
un pedazo que le até,
porque el dolor mitigara.
Seis dias con él estuve
y en ellos, Señor, pasaba
plaza de Médico yo;
y él po que yo le curaba,
me pagaba, pues traia,
de las fieras que mataba
la carne, para que yo
con ella me sustentara.
Mas un dia que salió
á cazar á la montaña,
dexé su alvergue, y me fui,
el fiado de las malas
comidas, donde ocultème
de alli no larga distancia;
y quando á la cueva vino,
y vido de que no estaba
yo en la cueva, fué Señor,
tal su sentir, que bramaba
de suerte, que los bramidos
los oía donde estaba,
y yo de verlo, y oirlo
te asegu:o que lloraba,

cuya lastima me dió
ocasion á que dexara
este sitio, por la pena;
mas mi tirana desgracia
me llevó donde los mismos,
que á mi, Señor, me buscaban
me prendieron, y á mi amo
me llevan con furia estraña,
donde estuve prisionero
en tinieblas, pues la clara
luz del dia no la ví,
hasta que llegó una carta
de Tito, en que manda, y pide
de que todos los que estaban
prisioneros se los lleven,
porque es costumbre Romana
celebrar el dia en que
nace Principe ò Monarcá,
con fiestas, echando esclavos
á pelear en la Plaza
con las fieras, porque asi
Tito lo ordena, y lo manda.
En fin, pues, llegando à Roma
se presentó la batalla
de los brutos, y los hombres,
y quando mas festejada
estaba, Señor, la Corte,
salió un Leon á la Plaza
tan feroz, que en poco tiempo
despedazó con las garras
quince hombres, y á este mismo
me echaron, porque acabara
infelizmente mi vida.
Mas apenas la inhumana
ira del bruto me vió,
amainó su furia brava;
pues llegándose á mis pies,
me acarició y me alhagaba,
prueba que viene, Señor,
á ser el que yo curaba
en la cueva; y Tito entonces,
viendo el prodigio, me manda la
la libertad, y que fuese,
llevándome en mi compaña
al Leon, que agradecido,
aunque bruto se mostraba.
Fuime: y busqué, gran Señor,
hasta llegar á mi Patria,
que comer con el Leon,
y entendiendo que casada
estuviera Miraflor,
no me parecieron largas
las jornadas, mas halléla
aguardando la palabra
que la dí, y como noble
se la cumplí, y celebradas
las bodas, pedí, Señor,
que con pluma delicada
escribiese Manuel Diaz
aquesta triste, é infausta
trage la mia, porque
en verso se divulgara.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Rafael Garcia Rodriguez, Calle de la Librería.